

El traje no le pertenece¹

Laura Amaranta Delconte²

(Psicóloga – UNR)

Pensaba que estaba declinada la opción de describir lo personal, lo íntimo, y después de decidir por “Roberto Arlt, yo mismo”, de Masotta, de decidir pensar allí el duelo, por lo tanto la muerte, y el duelo y la muerte del padre, sucede que estalla un sueño con el cadáver de mi padre que yo arrastro, o cargo, en el agua. La muerte sólo aparece cuando sé que puedo enterrarlo.

Eso, y los rasgos del padre en Masotta, que son los de la clase media. La cobardía, los temores de fin de mes, el mal gusto, el antisemitismo, la potencia de la traición. Por miedo. ¿A qué? A caer, siempre hacia abajo.

La clase media y, además, la clase baja, la de los que están caídos del mapa, la de la inmundicia, los humillados, los sucios. Sin clase obrera de por medio, dice Masotta, pues ésta es diferente, tiene algo que por fuera de ella no aparece, que es, al momento de la escritura del texto, el lazo colectivo.

Pero hay algo más en el libro *Sexo y traición en Roberto Arlt*, está el hombre de izquierda, con su mentalidad bienpensante; es a ése a quien Masotta delata.

La pregunta ¿dónde estoy yo, en todo esto, cuál es mi parte? Llega recién hoy, después de varios días de pensar en el texto, de leer y volver a leer, de hacer de cuenta que no es ninguna.

Con el texto de Masotta pensé que había entendido, igual que él, que mi lugar, mi procedencia, es la de la clase media. Pero no había hecho experiencia de eso hasta que entré a trabajar, en razón de hacer la residencia clínica, en el Centro de Salud de Las Lomas, barrio marginal de Santa Fe, mi ciudad de origen.

El temor de caer de la clase media. El temor de caer, en mi caso, del ideal de izquierda de mis propios padres. Proteger mi filiación, al menos un poco, ir al barrio, recorrerlo, tratar de trabajar, escuchar, sostenerme, pensar, estar, ver. Soportar el relato de la violencia, la pobreza, el hambre, la injusticia, la marginalidad (del sistema burocrático legal), sabiendo que es poco, y por lo menos, irrisorio, lo que yo puedo hacer. Que algo es, en fin, que si no estuviera el Centro de Salud sería peor. Quizá hasta mucho peor. (No está mal ahorrarse las disculpas a uno mismo, de vez en cuando).

Mi casa está a cuarenta minutos, yendo en colectivo, del barrio, y eso en Santa Fe es mucho. La distancia está y cuando se acorta, asusta. Una vez volví del barrio, de caminar por sus calles en un día de mucho calor, de visitar la casa de una familia que vive del cirujeo. Todo estaba lleno de basura fermentando al sol. Me dí cuenta de que el olor impregnaba mi pelo.

1) Este trabajo fue elaborado para promocionar una asignatura en la Facultad de Psicología de la UNR. He resuelto publicarlo tal cual lo escribí, pues de este modo se percibe la trama de conocimiento y reflexión que se procura desplegar en la introducción.

2) Es psicóloga por la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. Actualmente participa del Proyecto de Investigación “El goce en la mirada. El cuerpo como objeto del arte”. que dirige el Prof. Jorge Malachevsky en el ámbito de la FHUC/UNL.

La herencia del padre.

Rasgos de clase

El odio

Intento rastrear, siguiendo justamente lo menos decisivo de este texto, lo anecdótico, qué operación realiza, relata Masotta en relación a esta herencia, su origen. No me asombra encontrar en la etimología del término *herencia* su vinculación al *estar adherido*. Nunca lo había escuchado, ahí agazapado en el vocablo: “Tomado del latín *haerentia* ‘cosas vinculadas’, ‘pertenencias’, neutro plural de *haerere* ‘estar adherido’. El sentido de ‘derecho a heredar, sucesión en los bienes de un difunto’ no aparece hasta 1495 ó 1615” (Corominas 1998).

Por ahora sólo puedo articular esa operación a partir de la distancia, y caracterizar el tiempo anterior como el lazo hundido o atrapado en la lógica del narcisismo, en la clave que el mismo Masotta da en el ensayo citado, cuando dice que la relación propia de los humillados entre sí es la que posibilita el sentimiento del odio. Ese odio aparece en dirección al padre, y aun al cadáver, cuando se dice ya está, con él se fueron sus miedos de fin de mes, su antisemitismo, su cobardía, etc.: se enfrenta al cadáver y lo execra. Y sin embargo después de su muerte no puede vivir más, literalmente, *como dos amantes*. Acá hay un eco del final del *Seminario 20* de Lacan: todo amor verdadero termina en odio.³

Dice Derrida en *Espectros de Marx* “se hereda siempre un secreto —que dice “Léeme. ¿Serás capaz de ello?”. (Derrida 1995: 30) ¿No se trata, en el movimiento de prescindir del nombre del padre, de leerlo en uno mismo? Lo aberrante de la marca, del rasgo en Masotta de ese padre, se ve en la foto en la que porta un traje que, más que borrar su origen, lo hace grotescamente evidente. La versión de padre que se odia, ¿no es por esto mismo el Ideal, cómo odiar a un padre sino porque está allí ubicado, en disonancia con qué? es un odio imaginario, el del orden del semejante. Masotta y el padre agrupados bajo una propiedad, que es la pertenencia de clase, siendo lo mismo a partir de ella, como dice Milner. Allí el lazo es imaginario.

Me parece que se puede ubicar allí, y en función del lugar del ideal, y de lo que Freud ubica como ambivalencia, la primera identificación en su texto *Psicología de las masas y análisis de yo*.⁴ Es el tiempo donde no se ha resignado la investidura de objeto en relación a los progenitores, el tiempo en que el padre representa para el varón lo que él quiere ser. Cómo pensar esto en relación a un padre que se caracteriza como humillado. Salteo la cuestión de que aquí estamos hablando de un adulto, y que no sé si es posible pensar en una identificación de esta índole. Sin embargo, creo que cada vez que adviene la pérdida de un objeto, esta operación se reitera, la pérdida se reitera. Esto aparece en la versión de duelo que Freud trabaja como segunda identificación allí, y en el tercer capítulo de “El Yo y el Ello”.

La distancia

Leer el secreto es decirlo, nombrarlo, interpretarlo, ir de la lógica de lo idéntico a lo identificable, a lo nombrable. En el *Seminario 3* Lacan nos dice que la relación imaginaria en sí está destinada a la ruina. Algo allí debe funcionar como distancia. Hace falta una ley, una cadena, la intervención del orden de la palabra, es decir del padre.

“cada vez que encontramos un esqueleto lo llamamos humano si está en sepultura. ¿Qué razón puede haber para poner ese resto en un recinto de piedra? Antes que nada es necesario que todo un orden simbólico haya sido instaurado, que entraña que el hecho de que un señor haya sido el señor Zutano en el orden social exige que se lo indique en la piedra de las tumbas. El hecho de que se llamara Zutano sobrepasa en sí su existencia vital. Ello no supone creencia alguna en la inmortalidad, sino sencillamente que su nombre nada tiene que ver con su existencia viviente, la sobrepasa y la perpetúa más allá”. (Lacan 2000:140).

3) Guy Briole señala una dificultad en la traducción en castellano, ya que Lacan no diría “el verdadero amor acaba en el odio” (página 176) sino “desemboca en el odio”.

4) Dice Freud: “el varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los ter-

renos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal” (1988: 99). Luego explica que al tomar a la madre como objeto de amor, ubica que el padre hace obstáculo para la consecución de sus fines, y abraja un sentimiento ambivalente hacia él.

Dice Freud que ante la necesidad de resignar un objeto, “una investidura de objeto es relevada por una identificación”, la ligazón libidinal es sustituida con la erección de un rasgo del objeto en el yo (*Psicología de las masas*). La identificación es parcial, limitada, es a un rasgo único. Es un duelo que en algo modifica al yo, pasa a constituirlo. Supone la pérdida y no la conservación del objeto. Se trata de la operación de ausencia de la cosa, que marca la ausencia del objeto (vuelve a marcar). Significante en Lacan, se puede pensar por la vía de la identificación lógica, la de hacer de algo sujeto de predicado.

Cito a Auster:

“Cuando un hombre entra a una habitación y uno le estrecha su mano, no siente que es su mano lo que estrecha, sino que le estrecha la mano a él. La muerte lo cambia todo. Decimos ‘este es el cuerpo de x’ y no ‘este es x’. La sintaxis es completamente diferente. Ahora hablamos de dos cosas en lugar de una, dando por hecho que el hombre sigue existiendo, pero sólo como un grupo de imágenes, recuerdos en las mentes de otras personas; mientras que el cuerpo no es más que carne y huesos, sólo un montoncillo de materia.” (Auster 2009:16).

Recurre el nombre a separar a la existencia, del cuerpo. Pero si antes el cuerpo era el hombre es porque el cuerpo hablaba inmerso en la economía significativa. Algo de él vive en mí pero no es él, ¿es algún significativo? La herencia, ¿cómo pasa a no ser adherencia? Leyendo el secreto, el significativo, nombrándolo.

El nombre siendo marca en espera de lectura también se sitúa por ella. Y es la operación que abre al borramiento, al necesario olvido, de que uno es cuerpo (es al fin de cuentas carne). Acaso sea un poco esto lo real que se forcluye con el sentido, con la intromisión del significativo en el cuerpo.

Masotta se distancia de una versión de padre Ideal a quien dijo execrar, por el acto de decir y leer que lo execra: como dice Rabant que dice Lacan, la injuria es el primer momento de la Metáfora Paterna.

Lo que define a la clase media, lo que define al padre, son los significantes que usa Masotta para definirse a sí mismo. En el despliegue, plural, de esos rasgos, la enumeración de esos elementos localizables en su padre, por ellos se reconoce. Lo pronuncia, lo describe en un texto, lo lee en sí. Pero ¿por qué dar cuerpo en la enun-

ciación a la identificación es distanciarse, separarse de lo nombrado?

Nombrar sería restaurar la pérdida, el intervalo y la diferencia de la primera a de a es a, respecto de la singularización que se produce en la segunda, con la predicación. La primera a potencial de cualquier predicado, no es nada sin un predicado, y sin embargo algo del origen se pierde en eso. La condición del nombre es la pérdida, pero también la condición de la pérdida es el nombre. No hay modo de inscribir el objeto del primer encuentro, no hay posibilidad de escribirlo como significativo, sino, en todo caso, como letra y sólo en tanto resiste a la significación.

Relato del Banquete: el corte (del uno), la división es el fin del todo, y faltará a toda serie el término de la seriación, como lo que sucede en el Ordinal: se deja fuera del conjunto el término que nombra la serie, y eso establece la falla que permite la sucesión de nombres, la metonimia, y el desplazamiento plural de un sistema a otro (las lenguas).

Identificar es hacer que la identidad decline, porque es establecer un sujeto y un predicado. Masotta diciendo qué hay en él de su padre, se despega de su herencia. Y además se singulariza, en un acto de de-destinación.

Agrega, a eso, la vergüenza de avergonzarse de la madre, esto se ve en relación al ensayo, cuando dice Arlt, y él lo cita: “las hijas de tenderos estudian literatura futura en la facultad de filosofía y letras, se avergüenzan de la roña de sus padres, y por la mañana regañan a la criada si en la cuenta del almacén descubren diferencias de centavos” (Masotta 1988:68). Realiza lo que describe como lo único que pueden hacer los humillados, al estar imposibilitados en su lugar, cercados sin poder cambiar: realizar más profundamente en su miseria lo que es propio de ellos, es lo que hacen los personajes de Arlt en sus novelas, lo que llama la maldad. Y ya denunció este rasgo, quizá el más abyecto, en sí mismo, cuando relata al lado del desprecio al padre por la forma de vestirse y el retorno en él de eso, en el mismo gesto en el que intenta diferenciarse, en el traje que viste y que no le pertenece, el traje y él, dos clases diferentes.

En la operación de lectura transforma la propiedad en rasgo, puesto que en la última frase del texto es donde se separa finalmente de eso, y se produce la de-destinación que Rabant trabaja como efecto de significación (por la interpretación) que el sujeto da a la interpretación cuando decide, al leer, cómo leer.

Nombre del padre: si hay escritura, letra, es una sobre la cual no opera la de-destinación: esto en cuanto a la estructura (un sujeto cae de un lado o del otro...). ¿Pero no se actualiza en todo duelo la pérdida primera? ¿No hay ahí posibilidad de de-destinación, operación interpretativa del texto, en el texto de Masotta?

Cumplir el destino de clase (herencia) es despreciar al padre, identificarse es distanciarse de ese destino por la lectura, por la interpretación. De-destinación del deseo oír la diferencia (y el tiempo transcurrido entre el registro del elemento interpretable hasta su interpretación puede ser todo lo prolongado que se quiera).

Sobre el final, el giro respecto de la adherencia se completa. Algo del desprecio cede. Se descubre en la situación de admirar a su profesor y por lo mismo despreciar a su padre en razón de una fascinación por la imagen, por la forma de vestir:

“no podía dejar de despreciar a mi padre puesto que ‘carecía de gusto’. Y efectivamente, se vestía con el

gusto mediocre de un bancario (...) mi padre ignoraba los principios más generales de un dandismo a la inglesa que yo en cambio me sabía de memoria. Los había aprendido mirando, fascinado, la ropa de Marcelo Sánchez Sorondo (hijo) que había sido mi profesor de historia en la secundaria. Yo no sabía entonces quién era mi profesor de historia. Mientras, despreciaba a mi padre”.

Se denuncia en su inmersión en la lógica que denunciaba en el ensayo: el significante que responde al ser en esta sociedad es el del tener (dinero). *Delación, sí, pero sólo de sí mismo.*

Porque, dice Rabant, fallecer es un acto que separa al “padre particular” del padre inconsciente: “tal es el doble efecto de la identificación: el ‘padre’ se vacía en lo inconsciente constituyendo la huella que orienta el espacio simbólico del sujeto, mientras que el ‘padre particular’ adquiere la consistencia de un cuerpo con cuya vida es posible identificarse: así fuese a posteriori” (Rabant 1993: 226).

Bibliografía

- AUSTER, P. (2009): *La invención de la soledad*, Barcelona: Anagrama.
- COROMINAS, J. (1998): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid: Gredos.
- DERRIDA, J. (1995): *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, Madrid: Trotta.
- FREUD, S. (1988a): *Psicología de las masas y análisis del “yo”*, Buenos Aires: Amorrortu.
- (1988b): *El yo y el ello*, Buenos Aires: Amorrortu.
- LACAN, J. (1992): *Seminario 20. Aún*, Buenos Aires: Paidós.
- (2000): *Seminario 3. Las Psicosis*, Buenos Aires: Paidós.
- MASOTTA, O. (1988): *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires: CEAL.
- RABANT, C. (1993): *Inventar lo real*, Buenos Aires: Nueva Visión.